

Editorial

Enseñar en tiempos de Pandemia

Teaching in pandemic times

Y la pandemia llegó... y lo cambió todo. Con la pandemia del COVID-19 vino la muerte, el miedo, la incertidumbre, la mascarilla, el encierro, las vacunas y el cambio. Nos cambió la forma de vivir la vida... y significar la muerte. Nos cambió la forma en que interactuamos con las personas y las tecnologías, nos condicionó los viajes y limitó el entretenimiento, nos modificó la forma de ganarnos la vida y hacer nuestro trabajo, hacer negocios y hacer educación. La pandemia nos impuso una nueva normalidad que todavía no terminamos de entender ni aceptar. Pero aun en ese contexto tan desolador y adverso que fue y sigue siendo la pandemia para el mundo, la actividad humana no paró. Pudo quedar en pausa por algún tiempo, volverse intermitente, o tomar nuevas e inesperadas formas, pero no paró. Y ese fue el caso de la actividad educativa.

La pandemia logró en educación lo que otras presiones y circunstancias no habían logrado: crear la necesidad real y masiva de mantener el distanciamiento físico conciliada con la necesidad de continuar con la formación de las personas. Esto impulsó a niveles sin precedentes una educación mediada por las tecnologías donde los sujetos que enseñan y aprenden están completamente separados. La educación no presencial y el uso de las tecnologías constituyó una especie de tabla de salvación al dilema que nos planteó dicha pandemia al ofrecer, tanto a las instituciones educativas como a las personas, el medio para dar continuidad a los planes y programas de formación.

Sin embargo, esta forma no presencial-virtual de educar no estuvo exenta de dificultades. No estuvo exenta de confusión, ansiedad, frustración y mucho más trabajo para padres de familia, estudiantes y profesores. Tampoco ha estado exenta de críticas debido, entre otras cosas, a las limitaciones de acceso y a la falta de experticia en su uso. Además, se debate sobre la calidad de los aprendizajes generados en las experiencias enseñanza-aprendizaje, argumentado sobre todo una deficiencia en sus resultados. A pesar de todo esto, y con la atenuante de reconocer el contexto de urgencia, riesgo y zozobra en el que se desarrolló, lo cierto es que esta demostró que no es una alternativa contingente, sino una forma viable per se de desarrollar este proceso de forma permanente.

Para citar este editorial: Martínez, N. R. (2021). Enseñar en tiempos de pandemia [Editorial]. *Diálogos* 23, 9-11.

Como consecuencia de este hecho sin precedentes, mucho se ha escrito sobre la experiencia de la educación virtual en contexto de la pandemia. Sobre todo, se ha escrito como el trabajo virtual ha afectado y contribuido al proceso educativo, a las instituciones educativas, a las familias y a los estudiantes, pero poco se ha debatido sobre cómo vivió el profesorado toda esta experiencia de enseñanza en contexto de pandemia. Lo cierto es que, para el profesorado, tomar la enseñanza virtual como única vía de enseñanza fue un completo desafío que todavía no se ha logrado dimensionar ni dar el reconocimiento que merece.

El primer desafío de los profesores fue protegerse ellos mismos y sus familias de ser contagiados por el coronavirus. No debemos olvidar que el coronavirus constituye una amenaza real para la vida de las personas, millones han muerto en el mundo debido a él. De hecho, muchos maestros murieron y muchos maestros resultaron contagiados, estuvieron en unidades de cuidados intensivos o en cuarentena. Muchos otros tuvieron familiares cercanos –padres, tíos, hermanos–, colegas y amigos que se enfermaron y que incluso murieron. Ante eso, su primer desafío era protegerse personalmente de dicho peligro y proteger a su grupo familiar que incluye a sus niños y ancianos dentro del grupo familiar. Esto supuso una preocupación primaria a la cual se supeditaba todo lo demás, incluido el trabajo. También supuso inevitablemente un impacto psicológico de temor, inestabilidad e incertidumbre ante el peligro inminente que todo esto representaba. Aun así, tenía que enseñar.

El segundo desafío que el profesorado tuvo que sortear fue sobrevivir al encierro. Prácticamente todo el mundo sufrió el encierro. Si bien este se sufrió en distintos niveles –unos más estrictos y prolongados y otros menos extendidos o más flexibles–, necesario a lo mejor, pero constituyó encierro en todo caso. Otra vez, el encierro minó la salud mental y física del profesorado. Si bien se puede argumentar que disfrutó a su familia, también la convivencia por periodos largos supone problemas familiares por la interacción natural y por otras que vienen con el stress y por las situaciones generadas por la pandemia misma. Toda esta nueva situación generó actividades de trabajo, tareas del hogar e interacciones con emociones y sentimientos de las personas, sin las vías de escape que constituyen las vacaciones, las fiestas, celebraciones, reuniones familiares y de amigos, reuniones de trabajo, compras, viajes y deportes que generalmente implican salir de casa. El encierro suprimió las distracciones y entretenimiento que hace que la vida familiar, laboral y personal sea equilibrada y gratificante. Con la salud mental afectada por el encierro, los profesores siguieron enseñando.

El tercer desafío fue acceder a la tecnología. Posiblemente acceder a internet y a una computadora no sea problema para usted o para mí, pero debemos reconocer que el acceso a la tecnología no es universal y que hay profesores que ni tienen computadora ni acceso a Internet. Recordemos que América Latina siempre se ha configurado como una región con necesidades y desafíos educativos muy amplios, donde, si bien se comparten muchos rasgos comunes, no es una región homogénea. De hecho, cada país posee una serie de particularidades tecnológicas, socioeconómicas y educativas que mapean la región como un territorio con diversos niveles de desarrollo tecnológico, de acceso y a las tendencias educativas basadas en las TIC. Pero no solo pensemos en el acceso a las tecnologías en el sentido físico, sino también en el acceso actitudinal hacia ellas, a su incorporación cultural como herramienta de trabajo, y en especial a su uso educativo. Entonces acceder cognitiva y afectivamente

a las TIC se convirtió en un estrés y un desafío más y, aun con estas limitantes, el profesorado siguió enseñando.

Vinculado al desafío planteado por tener y usar las tecnologías venía el desafío de enseñar a través de ellas. Otra vez, América Latina ha tenido un desarrollo heterogéneo de programas y experiencias de educación no presencial, mediadas y no mediadas por TIC. Centro América en particular, dentro de ese abordaje de la educación y la pedagogía virtual desigual, mostraba rezagos significativos dentro de sí misma y con respecto a otros países. Eso, por un lado, por otro no debemos olvidar que en el profesorado hay un grupo etario de mayor edad de quien se dice que la virtualidad no le sienta bien ni en metodología ni en dominio de las tecnologías. Por otro lado, ni el nivel universitario estaba preparado para una experiencia virtual, y eso que en general, este nivel ha desarrollado experiencias de virtualidad desde hace algunos años, menos lo estaban en las escuelas públicas de primaria que ya de por sí acarrean muchas carencias. Como resultado, asumiendo el mayor de los compromisos por parte del docente a esta tarea, no dejó de mostrar deficiencias, inconsistencias y desencuentros con lo que esta metodológicamente modalidad demanda. Encontrando según algunos, un traslado de la educación tradicional propia del entorno presencial a la virtual. ¿Es culpa del docente? Obviamente no. Pero preparado o no tuvo que asumir esta tarea y suponemos que hizo lo mejor que pudo. ¿Se estresó el docente con esto? Definitivamente sí, unos más otros menos pero igual intentó cumplir con lo que se le pedía: enseñar a través de medios virtuales.

Con todo esto no se quiere victimizar ni indicar que el profesorado fue el único que vivió con angustia y frustración la pandemia. No fue fácil para nadie sobrellevar la pandemia ni sobrellevar los procesos educativos. Los niños y los padres también tuvieron su parte. Pero si es válida la reflexión en tanto que a menudo los desafíos y angustias vividas por el docente o son invisibilizados o disminuidas bajo la premisa que independiente de las circunstancias adversas, es su obligación profesional y, por tanto, tiene que cumplir con lo que se le demanda. Podemos concluir que, enseñar en tiempos normales ya tiene sus desafíos, pero enseñar en tiempos de pandemia con todas las condiciones adversas que esta traía consigo implicó sobreponerse a todos los peligros, temores y carencias, y esto tiene su mérito y debe dársele el justo reconocimiento.

San Salvador, 31 de mayo de 2021.